

Para nada se necesita mas fuerza que para ser humilde.

## CAPITULO VI.

### DE LA HABITACION DEL POBRE Y DE SU VESTIDO.

Sin necesidad de dinero podemos hacer mucho bien al pobre, aun materialmente. La miseria produce, entre otros males, una apatía, que parece preferir los dolores al trabajo de buscarles remedio; y un abandono, que la caracterizan siempre y en todas partes.

Nicholls, al hablar de la miseria en Irlanda, dice que, viendo la entrada de las pobres chozas obstruida por estiércol y toda clase de inmundicias, preguntaba á los colonos, cómo no la limpiaban, y ellos le respondian.—*¡Somos tan pobres!* A primera vista la respuesta parece absurda: para barrer un poco no se necesita ser rico: pero este *¡Somos tan pobres!* bien meditado, tiene su raíz profunda en el corazon humano, y ex-

plica y disculpa gran número de hechos que nuestra ligereza condena. Porque son tan pobres se hacen sucios; porque son tan pobres se cansan de luchar contra la fortuna, que los ha vencido tantas veces; porque son tan pobres no sienten las molestias atormentados por los dolores; porque son tan pobres se degradan y caen en una apatía, que no es filosófico estoicismo, ni cristiana resignacion, sino brutal indolencia.

Preparémonos, pues, á trabajar, muchas veces sin fruto, contra el descuido del pobre, pensando que Dios recompensará nuestro buen deseo, y que á los ojos de la caridad no es nunca pequeño el bien que se hace, ni el mal que se evita.

Procuremos mejorar las condiciones higiénicas de la habitacion del pobre, cuidando mucho de hacerlo de modo que él no sospeche nunca que es nuestra comodidad, y no su bien, el móvil de semejante conducta. Si el aire está viciado, cosa muy comun, podemos abrir la ventana, con un pretexto cualquiera, notando la buena vista que de allí se disfruta, para observar un objeto que

hay enfrente; etc., etc.; y luego, como por descuido, la dejaremos abierta. Podrá ser que el pobre note una grata impresion con el aire renovado, y entonces ya no hay mas que hacer; mas podrá ser que no, porque la miseria embota hasta el instinto de conservacion. Entonces, ya en pié para marcharnos, debemos explicarle del mejor modo que podamos, que el aire, respirándole, se vicia, se hace infecto, y si no se renueva, basta por sí solo para producir á la larga enfermedades y agravar desde luego cualquiera que se padezca: despues le pedimos permiso para abrir un poco, y nos vamos, á fin de que nunca imagine que lo hemos hecho por comodidad nuestra.

Otras veces, por el contrario, hay que evitar la entrada del viento, que penetra por todas partes. Se tapan con papeles, llevados al efecto, las rendijas; se pide un poco de yeso en la obra mas inmediata para tapan unos agujeros; se pone un bramante en cruz para que sostenga el papel de una ventanilla, en donde el viento le rompía siempre; se unen algunos pedazos de estera vie-

ja ó alfombra, para cubrir el frio ladrillo, etc., etc. El pobre, que nada de esto remediaba, apenas ve que ponemos manos á la obra, es otro hombre. ¡Con qué actividad nos ayuda! ¡Con qué solicitud procura que no nos manchemos, que no hagamos esfuerzos que puedan perjudicarnos! ¡Infeliz! ¡Lo que no hacia por sí lo hace por nosotros! ¡Parece que no se ama sino porque le amamos!

Muchas veces la cama de un enfermo que debe sudar y está sudando, se halla colocada en el sitio mas expuesto al viento; ó donde se percibe mas ruido, la del que sufre un fuerte dolor de cabeza, etc. Ni el paciente ni los que le rodean lo echan de ver; notémoslo nosotros, y pongámosle remedio hasta donde sea posible.

Hay pobres á quienes, por su temperamento, perjudica mas habitar en parajes lóbregos y húmedos: debemos hacer todo cuanto esté en nuestra mano para que cambien de habitacion, porque hay familias que se envenenan paulatinamente con el aire que respiran, y que con un pequeño auxilio podrian hallar otra casa que no les fuese fatal.



Elaseo de la casa tambien nos dará que hacer; sin embargo, por regla general, nuestra visita, hecha cuando no se espera, basta para que las cosas vayan un poco mas en orden.

Pocas serán las familias que no traten de asear algo su habitacion para recibirnos en ella. Las hay, no obstante, y con ellas es preciso recurrir á remedios supremos. La violencia ni la cólera nada consiguen: la amenaza de retirar el socorro debe economizarse mucho, dejándola para casos mas graves: los medios supremos no son los medios violentos, en confirmacion de lo cual citaremos un hecho.

Habia una familia pobre, sumamente descuidada, y una señora que la visitaba se valió inútilmente de mil medios para que bariere la habitacion. Un dia entró con una escoba y se puso á barrer. Los pobres quisieron impedirlo; fué inexorable; se acusaron, los disculpó; la representaron lo vil de la ocupacion.—¿Para qué lavó Jesucristo los piés á sus discípulos, les dijo, si no para enseñarnos á prestar servicios humildes á los que son ménos que nosotros? Conclui-

da su faena, añadió:—Me llevaré la escoba para otra vez.—No señora, no, dijeron á un tiempo la mujer y el marido, conmovidos visiblemente; y desde entonces no hubo en el barrio casa mas barrida que la suya.

Si de la habitacion del pobre pasamos á su vestido, serán aun mas graves las dificultades que se nos presenten.

La mujer pobre que tiene cuatro ó seis hijos, es imposible que los traiga decentes, y en la imposibilidad de hacer todo lo que convendria, concluye por no hacer nada. Así el pobre adquiere desde niño el hábito de vivir en la desnudez y la inmundicia, que ni aun puede notar, aquejado por el hambre y el frio. Así, sucede con frecuencia que vestimos á una familia necesitada, y al poco tiempo la hallamos cubierta de harapos. La ropa interior no se lava, la exterior no se quita para dormir, ni se cose un rasgon, ni se echa una pieza. Es verdaderamente para desalentar.

Pero la caridad nunca se cansa y todo lo sobrelleva. Exhortemos un dia y otro, y siempre sin irritarnos, pensando que en



aquel abandono hay mas desgracia que culpa. Busquemos en la familia el individuo que sea ménos descuidado, y con amonestaciones, ruegos y ofertas, veamos de corregirle: si le hacemos dar el primer paso, casi todo está hecho, porque se complacerá en verse mas limpio, en que le distingamos, dándole la preferencia, y en ver que le consideran mas en todas partes, porque sabido es cuánto influye el traje para todo. Al mismo tiempo que estímulos al que procura enmendarse, procuremos que el incorregible reciba humillaciones, sin que sospeche que hemos contribuido á ellas, y aunque nos parezca duro, consintamos en que sufra los rigores de la estacion, ya que no cuida el traje que podria ponerle á cubierto de ellos, y digámosle con pesar:—"Amigo mio, me duele en el alma verle á vd. en este estado; pero como dar á vd. un vestido es tirarle, y hay tantos que lo necesitan, no puedo en conciencia hacerlo." Lo suave del lenguaje y lo duro del castigo tal vez logren corregirle.

En el desórden y abandono del traje, la

falta está principalmente en las mujeres, y á ellas hay que dirigirse, apelando á sus afectos benévulos, á su amor propio, á su instinto de abnegacion. Una prenda que no cuidaría por su comodidad, tal vez la cuide porque se la hemos llevado el dia de su santo ó del nuestro, encargándole que la conserve como una memoria. Acaso se anime á coser si le regalamos una linda cajita que contenga hilos, dedal y agujas. Puede que la mueva la gratitud, el deseo de agradarnos, y que haga por nosotros lo que no haria por ella misma. Encarezcamos la belleza de sus hijos, que resaltaria solo con lavarles la cara; y un dia, con aire de broma, saquemos del bolsillo un pedazo de jabon, y hagamos que se laven los niños. El que lo haga sin llorar recibirá en premio algun regalillo, y la oferta de algun otro siempre que le hallemos con las manos y la cara limpia. Tal vez baste esto para que todos se laven y la pobre madre se anime. Alentémosla de modo que comprenda que sabemos toda la dificultad y todo el valor que tienen sus esfuerzos, haciéndola ver cuán merito-

rios serán para con Dios y para con el mundo, porque las personas caritativas que entran en casa del pobre, dicen como un gran elogio:—*¡La tiene tan limpia!*

Este cuidado material del pobre puede tener consecuencias que no sean materiales.

El hombre físico y moral están unidos de tal manera, que, modificando el uno, rara vez deja de modificarse el otro. La postración del ánimo le hace descuidarse con su persona, y el aseo levanta su espíritu. Si al que yace en la miseria le vistiéramos decentemente, dándole una buena habitación, veríamos que sus pensamientos se elevaban, que sus inclinaciones eran ménos bajas. Por eso, al corregir al pobre de su descuido, no le hacemos solo un servicio material, sino que le ponemos en camino de ser mejor, y con la higiene de su cuerpo, le preparamos la salud del alma.

## CAPITULO VII.

### ¿DE QUÉ HEMOS DE HABLAR CON EL POBRE?

Esta pregunta sirve de respuesta cuando alguno nos hace presente el poco tiempo que estamos en casa del pobre, donde no pueden pasar las visitas de cumplimiento. ¿Con quién cumplimos? Dios ve su inutilidad, el pobre la siente, nuestros superiores la comprenderán por los resultados, el mundo no nos mira; nosotros mismos. . . . ¿Qué idea tenemos de nuestra santa misión si creemos llenarla con algunos minutos de asistencia material? ¿Cómo nuestra conciencia no nos acusa de abusar de la confianza de los que confían á nuestro celo un cargo, que tan mal desempeñamos, y de estar en un puesto que otro ocuparía mas dignamente?

La visita del pobre puede dividirse en



cuatro clases. La que se ha llamado de *corredor*, reducida á ver al pobre y darle el socorro material sin sentarse, tal vez sin entrar en su casa, ni acabar de subir su penosa escalera.

La de *cumplimiento*, en que el visitador se sienta, está muy amable, habla algunos minutos de cosas muy indiferentes, y se vá.

La de *amigo*, que se prolonga, y en que se habla de las necesidades del pobre, de sus faltas, de los medios de mejorar su conducta y su posicion, y se dan consejos y consuelos.

La de *padre*, que es todo lo larga que el caso requiere, y frecuente segun la necesidad; en que se rie y se llora, se reprende ásperamente y se consuela con amor; en que se habla mucho, en que se guarda silencio ante dolores sin remedio sobre la tierra; en que se reciben íntimas confianzas; en que se manda y se prohíbe, y se amenaza y se ruega; en que hay lágrimas de arrepentimiento, de amargura, de compasion y de gratitud; en que se reciben desengaños y estímulos, quejas y bendiciones.

Ya se comprende la inutilidad de las dos

primeras visitas, que podemos hacer durante muchos años, toda la vida, sin inspirar confianza al pobre que las recibe, sin conocerle mas que de vista, ni hacerle otro bien que el socorro material que le llevamos, que así aislado acaso no lo sea, y tal vez le perjudique estimulando su pereza, ó dando pábulo á su intemperancia.

Nuestra visita debe ser de padre, y si á tanto no podemos llegar, de amigo. ¿De qué hemos de hablar con el pobre? ¡Ah! ¡Si somos buenos no faltará asunto de conversacion! ¡El pobre tiene tantas cosas de que hablarnos! ¡Le sirve de tanto consuelo el que le escuchemos! ¡Nos da tanto derecho á que nos escuche el haberle escuchado!

El pobre tiene una larga y triste historia, que cuenta prolijamente: oigámosla para dar gracias á Dios, que no nos ha enviado tan duras pruebas; para aprender á sufrir; para que nos sirvan de ejemplo la resignacion, el valor, mil virtudes, secreto entre Dios y el pobre que la caridad sorprende; para conocer al que visitamos; porque quien refiere su vida se pinta en ella,



y es casi imposible que al pintarse el pobre no se retrate.

Hay en el pobre errores que combatir, faltas que deben corregirse, propósitos de enmienda que animar, dudas que resolver, ignorancias que ilustrar, proyectos que dirigir, temores que desvanecer, y la esperanza que debemos custodiar en su corazón, tan piadosamente como la caridad en el nuestro.

Somos bien poco cristianos y bien ridículos al decir con aire de superioridad desdenosa:—¿De qué hemos de hablar con el pobre? A Jesucristo, que confundía los doctores en el templo, ¿le faltaba de qué hablar con el pueblo ignorante y extraviado? Nosotros, miserables criaturas, ¿tendremos que descender tanto como el Divino Maestro, para enseñar algo á los que visitamos? A los ojos de la eterna sabiduría ¿las lecciones que damos valen tanto como las que podemos recibir? A las personas de elevada inteligencia, de vasta instrucción, si tienen caridad, no les falta nunca de qué hablar con los pobres, que al cabo de una larga visita les dicen—“¡Tan pronto se marchan

vdes!”—Porque el pobre no es lo que dicen los que no le conocen ni le consuelan. Hay pobres pervertidos, y sobre todo, de escasa capacidad, que aprecian principalmente el socorro material que se les lleva; pero muchos aprecian tanto la visita, y no pocos, mas que el socorro.

¿Por ventura el pobre no tiene alma para recibir con gratitud la limosna de cariño que llevamos á su corazón?

Una señora, cuyo nombre pronuncian con respeto todas las personas que conocen sus virtudes y su talento, decía presidiendo una Conferencia de San Vicente de Paul:—“Nuestro celo falta muchas veces: los medios materiales no faltan nunca: ¡yo hubiera querido verlos agotados alguna vez para visitar sin bonos!” Y como alguna de sus hermanas replicase:—“Entonces los pobres nos recibirían mal,” contestó:—“Eso sería prueba de que no sabíamos cumplir con nuestra obligación: si los pobres nos recibían mal sin bonos, es que no los visitábamos bien.” En corroboración citó una Conferencia de señoras en Cataluña, que estuvo visitando



sin bonos por espacio de un mes, y cuyos pobres recibian á las hermanas con las mismas pruebas de afecto, con el propio cariño, que cuando les llevaban socorros materiales. Esto prueba que si es cierto que hay pobres que no ven mas que los bonos, se hallan muchos que ven el corazón, que le comprenden, simpatizan con él, y agradecen la visita mas que la limosna: esto prueba que en el corazón del pobre, como en el árbol del desierto, hay un fruto de ruda corteza, que encierra un licor dulcísimo, refrigerante, no sospechado por el egoismo y que la caridad revela.

No puede faltar asunto de conversacion con el pobre, que recibe como un gran consuelo nuestra visita, que nos consulta sobre todo lo que debe hacer, y nos refiere todo lo que ha hecho: tiempo y voluntad es lo que falta generalmente. El pobre suele ser prolijo en sus relatos; á veces nos cansa y nos impaciente con sus rodeos, con sus episodios, empleando media hora en decir lo que podria muy bien referirse en cinco minutos.

Pero si interrumpimos su relato, si damos

muestras de impaciencia, si no le dejamos decir todo lo que él quiere, es seguro que callará alguna vez cosa que nos importe saber. Además, si no le escuchamos, no nos escuchará, y luego, parece tan duro privarle del consuelo que halla en referirnos extensamente sus cosas! ¡Tiene tan pocos que le oigan! ¡La desgracia deja un vacío tan grande en derredor del desgraciado!

Nuestras primeras conversaciones con el pobre no suelen ser muy animadas, porque tiene poca confianza, y porque no estamos familiarizados con su lenguaje, ni él con el nuestro. Pero la caridad hace prodigios. ¡Qué pronto el que la tiene inspira confianza al que visita! ¡Qué pronto se comprenden y qué especie de fusion se verifica en el lenguaje de entrambos!

Es digno de notarse cómo las personas ilustradas se acomodan al lenguaje de los pobres, adoptando uno que, sin ser bajo, esté á su alcance, y cómo los pobres pulen el suyo, y poco á poco le van elevando. Una vez llegados á este punto, y se llega pronto, falta siempre tiempo, no asunto de conversacion.



La falta de tiempo es un motivo que alegamos para detenernos poco en la visita. Esta excusa podrá ser legítima en muchos casos: si deberes mas imperiosos nos llaman á otra parte, no es justo que estemos en casa del pobre; pero entonces ó limitemos nuestros cuidados á una sola familia, ó confiemos nuestra limosna al que pueda llevarla acompañada de consejos y consuelos, que no tenemos tiempo para dar, porque con nuestra visita mal hecha privamos tal vez al pobre de otro visitador que le seria mas útil.

Sin negar que haya personas de tal modo ocupadas, que no pueden dedicarse á visitar á los pobres, notaremos que el tiempo tiene cierta elasticidad para los que saben emplearle. Los buenos hallan siempre tiempo para hacer bien, y á los que no saben de qué hablar con los pobres, no es que les falten palabras, es que les falta caridad.

## CAPITULO VIII.

### DE LA CORRECCION DEL POBRE IRRELIGIOSO.

Nunca nos repetiremos bastante que el socorro material no es el bien mayor que podemos hacer al pobre, y que debe ser mirado por nosotros, mas bien que como objeto, como medio.

Nuestro objeto, nuestro grande objeto, es inspirar al pobre sentimientos religiosos, moralizarle, dirigirle, alentarle y sostenerle, para buscar alivio á sus males, y consolarle en los que no tienen remedio.

Cuando hallemos un pobre que no cumple con sus deberes de cristiano, no nos ocurra la idea de predicarle largos sermones, de presentarle las objeciones que se han hecho contra la religion, para rebatirlas luego. Este medio es peligrosísimo con los pobres que discurren un poco, y á quienes da-